

Miguel Angel Vega

El romanticismo en Europa y América

I

EL CONCEPTO ROMANTICISMO



ENTRANA serias dificultades señalar con cierta precisión los límites cronológicos dentro de los cuales se desarrolla una tendencia artística cualquiera. Los historiadores coinciden rara vez en este punto. En lo que respecta al romanticismo europeo, las fechas más popularizadas entre nosotros para indicar el comienzo y el fin de este movimiento parecen ser los años 1800 y 1850.

No es nuestro propósito aceptar los hitos indicados sin hacer un breve examen crítico de ellos. Existen acerca del romanticismo diversas teorías que importa conocer antes de entrar en materia. Estas teorías remozan notablemente el concepto que hasta ahora nos he-

mos formado de la tendencia,— concepto un tanto escolar— y abren un ancho campo a las divagaciones provechosas.

Ernesto Seillière es, con toda seguridad, uno de los más audaces y revolucionarios teóricos del romanticismo. Bien documentado en la historia y bien cimentado en la psicología, ha expuesto la tesis de que el movimiento conocido con este nombre, no debe circunscribirse a una época determinada, como hasta aquí se ha hecho, por cuanto habría existido desde los albores de la humanidad. La filosofía platónica, a la cual se remonta en su estudio, contendría ya elaborados los principios que informan a esta corriente espiritual. La época caballeresca, con su concepción galante y novelesca de la vida, no habría sido tampoco, extraña al romanticismo. Sostiene, por último, la existencia desde el siglo XVIII hasta nuestros días, de cinco grandes generaciones románticas. Son ellas: Primera, la de 1760 (Rousseau, Goethe); Segunda, la de 1795 (Byron, Hoffmann); Tercera, la de 1830 (Lamartine, Vigny, Hugo); Cuarta, la de 1865 (Baudelaire, Flaubert, Dumas hijo); y Quinta, la de 1900 (Zola, Ibsen, Tolstoy). Como si esto no bastara, alude también a una sexta generación que ve agitarse a su alrededor en plena actividad, prestigiada por altas personalidades cuyos nombres no indica por carecer tal vez de la objetividad crítica que da la distancia (1). Tal es,

(1) *Ernesto Seillière*.—El Romanticismo. Madrid, 1928.

en breve síntesis, el criterio de Seillière sobre esta materia.

Ofrece, también, bastante interés el punto de vista sustentado por el ensayista e historiador literario Guillermo Díaz Plaja (2). Puede leerse en uno de sus libros la tesis de que la literatura hispánica se ha movido, desde sus orígenes hasta nuestros días, alrededor de dos formas culturales de opuestas características—clasicismo y barroquismo—conceptos que excluyen a juicio de él, toda posible anexión a períodos determinados del tiempo. El romanticismo, según este cuadro interpretativo, sería ni más ni menos que una manifestación del barroco, criterio grato también a su compatriota Eugenio D'Ors, quien ya lo había expuesto, aunque en forma más restringida, en uno de sus famosos *Glosarios* (3).

Otro distinguido ensayista español, Ricardo Baeza, ha aportado a este problema elementos críticos dignos de tenerse en cuenta, si bien, preciso es advertirlo, sus lucubraciones van dirigidas a un blanco distinto. Lo que le interesa no es el problema estético en sí mismo, sino las proyecciones ético-sociales que de él dimanar, sus consecuencias en la conducta del hombre frente al arte y la vida. ¿Qué es un clásico para el agudo ensayista español? El individuo para quien la realidad

(2) *Guillermo Díaz Plaja*.—Hacia un concepto de la literatura Española. Buenos Aires 1942. Págs. 15 a 28.

(3) *Eugenio D'Ors*.—Nuevo Glosario. Madrid, 1928.

exterior existe como norma constante» ¿Qué es un romántico? El individuo para quien esta realidad es sólo un pretexto de lucimiento personal, un campo de experimentación de su yo en delirio. Tales son las premisas fundamentales de su interesante ensayo. De ellas infiere, como conclusión, que clásicos y románticos han existido en todas las épocas de la cultura (4).

Las ideas de Seillière, Díaz Plaja, D'Ors y Baeza, que hemos expuesto en apretada síntesis, dejan en un pie poco firme el concepto estático, por así llamarlo, que acerca de esta corriente espiritual predomina en manuales y tratados de literatura. Si lo aceptáramos sin mayores reservas, incurriríamos, seguramente, en graves omisiones. Si, por el contrario, encauzamos nuestro esfuerzo constructivo dentro de un concepto dinámico, corremos el riesgo de perdernos en una profusa selva de libros y autores, fuera de otras dificultades. Quedémonos en un justo término medio. Asignémosle al movimiento un largo período de gestación, todo el siglo XVIII; una etapa de esplendor y apogeo que puede corresponder a la primera mitad del siglo pasado, y otro período de liquidación y fenecimiento que se inicia a mediados de esa centuria y que se prolonga hasta el comienzo del siglo presente. Así habrá menos posibilidades de vulnear los sagrados intereses de la verdad histórica.

(4) Ricardo Baeza.—Clasicismo y Romanticismo. Madrid, 1930.

II

EL PRERROMANTICISMO

Son pocos los que discuten a esta altura del pensamiento crítico la existencia de un largo período preparatorio de la revolución romántica. Se le conoce en buenos libros con el nombre de prerromanticismo. Se le ha fijado, además, como sede en el tiempo, el siglo XVIII en casi su total extensión. Pertenecen al historiador francés Paul Van Tieghem los estudios más completos y los esfuerzos mejor hilvanados para otorgarle al prerromanticismo los caracteres de una tendencia con personalidad propia dentro de las letras europeas. Veamos cuáles son sus características. El insigne historiador las reseña en uno de sus libros:

«Son innovadores, dice, sobre todo por sus tendencias morales, por sus gustos literarios, por sus fuentes y sus modelos. A la razón que domina antes de ellos y en torno suyo, prefieren el sentimentalismo y frecuentemente se dejan llevar de la melancolía. Prefieren a la vida social, el campo e incluso la naturaleza salvaje. Muchos de ellos se forjan un ideal de vida rústico, de vida sencilla, en que ocupan un gran lugar los puros afectos de la familia. Algunos sufren ya con las trabas sociales y aspiran a la libertad, a la igualdad de las diversas condiciones sociales. Creen hallar el sentimiento verdadero, la vida natural y libre en el hombre primitivo, bárbaro o salvaje, y en nuestros días, en el

pueblo. Los recuerdos nacionales son de nuevo reverenciados; la Edad Media empieza a surgir del olvido y desdeñan en que la habían tenido los clásicos» (5).

Extenderíamos demasiado nuestras observaciones si enumerásemos uno por uno, anotando sus obras, a los principales representantes del prerromanticismo europeo. Paul Van Tieghem los ha dado a conocer con cierta parquedad en su «Historia de la Literatura de Europa» y con lujo de detalles e información sorprendente en un breve ensayo publicado con anterioridad al libro citado (6). Ahí están bien ordenados. Daremos, de todos modos, algunos nombres altos y cimeros. En Inglaterra: Young, Gray, Collins, Cowper y Burns; en Alemania: Kloptock, Gessner, Hexder, Goethe, Schiller; en Francia: Bernardino Saint Pierre y Juan Jacobo Rousseau; en España: Meléndez Valdés, Jovellanos, Cadalso. Hemos seguido en esta breve enumeración una ruta que va de norte a sur a fin de recordar el origen nórdico que prestigiosos tratadistas han reconocido a esta tendencia.

Unos más, otros menos, los escritores prerrománticos influyen poderosamente en la eclosión literaria de la primera mitad del siglo XIX, período alto del nuevo

(5) Paul Van Tieghem.—Historia Literaria de Europa. Santiago de Chile, s/f.

(6) «La notion de vrai poésie dans le prerromantisme européen», artículo que aparece en «Revue de Littérature comparée», dirigida por P. Hazard y F. Baldensperger. Paris, avril-juin 1921. Págs. 215 a 251.

credo artístico. Entre ellos cabe destacar con especiales caracteres el papel rector que le correspondió a la obra de Juan Jacobo Rousseau en la insurrección romántica. Ernesto Seillière pondera su importancia llamándolo «el principal inspirador del movimiento romántico», cargando la tinta en el elogio y en los juicios laudatorios. J. García Mercadal, por su parte, lo exalta hasta el paroxismo. Llámalo «la gran figura primigenia del romanticismo», «el padre del subjetivismo europeo» y otros títulos largos de reproducir, teniendo sí, cuidado de temperar su entusiasmo con algunas observaciones útiles y oportunas. Nos recuerda, por ejemplo, que al finalizar el año 1762, Rousseau ya había publicado toda la obra que iba a producir una transformación violenta y perdurable en la ideología de Europa. «La Nueva Heloísa», es del año 1761. «El Emilio», es del año siguiente. Estas fechas nos parecen bastante significativas (7).

En verdad, la obra del contradictorio escritor ginebrino ilumina con luz poderosa el pensamiento del siglo en que vivió, del siglo XIX y aun de la época presente. Jacques Maritain, al estudiar las proyecciones de sus ideas, junto a las de Lutero y Descartes, dice hacerlo convencido de que son ellos los «padres de la conciencia moderna». El juicio de tan ilustre filósofo nos ahorra mayores palabras para justipreciar

(7) J. García Mercadal.—Historia del Romanticismo en España. Colección Labor, s/f.

su decisivo influjo en la aparición de la doctrina que nos preocupa (8).

III

· TEMATICA DEL ROMANTICISMO EUROPEO ·

¿Cuáles son las características propias, intrínsecas, del romanticismo? Tenemos formados a este respecto, cual más, cual menos, un concepto general. Con todo, en este trabajo, cuyo objetivo central es el estudio del romanticismo europeo en relación con el americano, o mejor, el estudio de éste en relación con su modelo, importa la recapitulación. Procuraremos alejarnos de los caminos trillados. Guillermo Díaz Plaja ha visto el problema con notable sagacidad crítica y bien puede ser nuestro guía en la empresa propuesta (9). Las conclusiones a que llega en su estudio sobre el romanticismo español, pueden generalizarse y considerarse válidas para todas las letras europeas de la época romántica. Por otra parte, nuestro romanticismo bebió tanto en fuentes francesas como españolas, de manera que sus observaciones tienen una viva atingencia con las letras de este continente.

Después de precisar los profundos cambios experi-

(8) *Jacques Maritain*.—Tres reformadores. Lutero, Descartes y Rousseau. Santiago de Chile, 1938. Pág. 8.

(9) *Guillermo Díaz Plaja*.—Introducción al estudio del romanticismo español. (Premio Nacional de Literatura). Madrid, 1936.

mentados por el pensamiento filosófico desde Descartes a Kant, cambios que se caracterizaron por la progresiva reducción de lo ontológico a lo psicológico, Díaz Plaja observa que el hombre, el yo del hombre, pasó a ser la medida del universo. De este hecho emanan las principales características del romanticismo. El escritor o artista proyectará sobre el medio que lo circunda lo mejor de su espíritu y soñará al mismo tiempo todos sus sueños sin trabas ni restricciones de ningún género. Esta actitud es la idealista y libertaria fácil de advertir en el abundante acervo artístico del romanticismo. En ella tienen su raíz profunda las audaces utopías, tan propias de la época, así como también las precarias realizaciones (10).

Al lado de esta actitud optimista y triunfante, debemos contar la otra cara de la medalla, la actitud decepcionada, aquella que surge del choque dramático entre «el mundo soñado y el mundo real» que da forma a la melancolía, la soledad, la evasión al pasado, el suicidio, tópicos de la tendencia. Ambas fases cuentan por igual en una amplia caracterización del fenómeno artístico.

Recordemos por un momento a José Ortega y Gasset. El ha dicho: «Yo soy yo y mi circunstancia». El aforismo tiene un alto valor si lo aplicamos al tema que estamos tratando. La exploración del románti-

(10) Alejandro Körn.—Influencias filosóficas en la evolución nacional. Buenos Aires, 1936. En el capítulo Romanticismo, refiriéndose al tema, dice: «Ninguna época imaginó mayores proyectos y empresas; ninguna realizó menos». Pág. 153.

co en las densas aguas de su yo y la especial valoración que concede a sus circunstancias, al medio que le rodea, determina la temática del movimiento, vale decir, un repertorio de formas expresivas *sui generis*, que lo diferencian de otras corrientes ideológicas y espirituales.

Estimamos útil repetir aquí los cuatro grande grupos que Guillermo Díaz Plaja ha considerado esenciales del romanticismo español: 1.º Valoración del yo. (Conciencia de soledad. Lo sentimental. Voluntad de gloria). 2.º Valoración de las circunstancias. (La escenografía como esencia del teatro. La tendencia al cuadro. Las ruinas. El sentimiento del paisaje. El nocturno. El tema sepulcral); 3.º Valoración del pasado. (Lo medioeval. El romanticismo y lo barroco. El clasicismo de los románticos. La transformación de la pastoral); y 4.º Los ideales románticos. (El ideal femenino. El ideal político. La idea del progreso).

Estos son los temas esenciales del romanticismo español. Si pudiéramos compararlo con los de los demás países europeos, comprobaríamos posiblemente, que algunos coinciden y que otros no figuran en parte alguna. Esto no debe sorprendernos. «El romanticismo—ha dicho Van Tieghem—no puede ser bien comprendido si no se ve en él un hecho europeo, que toma en Francia una forma y un color particular» (11). La

(11) *Paul Van Tieghem.—Le mouvement romantique. (Angleterre - Allemagne - Italie - France). París, 1923. Pág. 1.*

confrontación aludida, por lo demás, no nos seduce. Lo que nos interesa es el paralelo entre el romanticismo español y el hispanoamericano del cual fué uno de sus ingredientes importantes. Así podremos conocer con cierta seguridad la verdadera textura y naturaleza de las letras americanas afectas a esta corriente.

IV

TEMATICA DEL ROMANTICISMO IBEROAMERICANA

En principio, el yo romántico, la más grande característica de este movimiento, la conciencia del choque dramático entre el yo y el mundo que lo rodea, el yo como medida del universo, afectó a las almas sensibles suramericanas de mediados del siglo XIX. Todos quemaron incienso en el gran templo de la vida sentimental y subjetiva, todos rindieron culto, feligreses de una nueva religión, al alma atribulada por extraños espejismos. Hay en esta actitud una clara diferencia de tono e intensidad si la parangonamos con la de los bardos y artistas del Viejo Mundo, sus hermanos espirituales. Los románticos de este continente no atruenan el espacio con las roncas y vibrantes voces con que lo hacen un Heine, un Byron, un Keats, poetas que parecen arrasarlo todo con el fuego violento de sus pasiones y dolores. Nada de esto podría hallarse en la poesía romántica americana, parecida en ello a la de los duques de Rivas y Esproncedas de Es-

paña cuya significación, subjetivamente considerados, es bastante escasa y pobre (12). Les faltó para alcanzar este desiderátum una más fuerte compenetración con la naturaleza, con la historia, con sus propias sensibilidades. Se restringieron al perímetro exacto de sus personas. No vieron más allá de sus sombras. Pero fueron románticos. La tendencia al pasar a estas tierras tomó entre nosotros las formas que la raza, el medio físico y la historia tenían fatalmente que imponerle. En el apuro de citar las voces más simples y desgarradas, recordemos al mejicano Manuel Acuña, al argentino José Mármol y a los colombianos Jorge Isaac y José Eusebio Caro, poetas todos, con excepción de Isaac, que fué además novelista, dueños de una obra que aun puede resistir la crítica de este tiempo por su pureza y gracia nada desdeñables.

El tema sentimental gozó de un amplio favor en todas partes. Los poetas glosáronlo hasta el cansancio. Las íntimas confidencias, la miel que deja un beso al pasar de los labios al alma, el pequeño dolor, la efímera alegría, etc., motivan versos que llenan muchas páginas de muchos libros. Manuel Flores, en Méjico; Gertrudis Gómez de Avellaneda, en Cuba; Numa

(12) *Ricardo Baeza*.—*Comprensión de Dostoiewsky y otros ensayos*. Barcelona, 1935. En la pág. 181, al hablar de «Azorín y la generación del 98», expresa este certero juicio: «Frente a éstos: se refiere a Coleridge, Wordsworth, Byron, Shelley, Keat, Hugo, Musset, Vigny, Novalis, Heine, etc. ¿Qué figura pueden hacer nuestros poetas románticos tan verbosos, tan triviales, tan hueros? ¿Qué cuentan cien Zorrillas, Esproncedas y Duques de Rivas ante un solo Shelley?».

Pompilio Llona, en Ecuador; Carlos Augusto Salaverry, en el Perú; Juan Carlos Gómez, en Uruguay; Guillermo Blest Gana, en Chile, fatigarán nuestros oídos con sus ayes y lamentaciones de tono menor.

La voluntad de gloria, resultado de la proyección del yo en la vida social, no tuvo verdadero eco en los escritores de la época que estudiamos. La obra de Lastarria, a quien conocemos más de cerca, nos parece impregnada en algunas de sus páginas, sobre todo en su vida, de este sentimiento. La gloria, anhelo máximo del hombre, lo exalta sin poder disimularlo. En la parte final del célebre discurso que pronunció en la Sociedad Literaria el 3 de mayo de 1842, dice a la juventud que lo escucha: «Yo no puedo más que acompañaros en vuestras tareas para participar de la gloria que vais a granjearos con acometer la empresa de regenerar nuestra literatura». En otro acápite del mismo discurso, llega hasta nosotros un aliento semejante al del Víctor Hugo de la Leyenda de los Siglos, cuando exclama: «¡Ah, señores, qué penoso es para las almas jóvenes no poder crearlo todo en un momento!». El aguijón de la gloria es el que comunica a estas palabras el fervoroso acento mesiánico que palpita en ellas (13).

De los cinco temas integrantes de la Valoración de las circunstancias, tendremos que rechazar algunos y reducir otros considerablemente. La escenografía del teatro romántico, por ejemplo, casi no cuenta en este

(13) José Victorino Lastarria.— Recuerdos Literarios. Primera parte. Santiago de Chile, 1878. Págs. 113 a 195.

período, por ser este género en aquellos tiempos y aun hoy uno de los más bajos de las letras hispanoamericanas. El sentimiento del paisaje, espectáculo incomparable para el romántico, tampoco tuvo la exaltación que el europeo le otorgó. Merecen, no obstante, mención especial, a nuestro entender, «La Cautiva», la hermosa leyenda poética del argentino José Esteban Echeverría, en la que nos muestra la pampa desolada envuelta en delicados velos de idealización; el poema descriptivo del colombiano Gregorio Gutiérrez González «Memorias sobre el cultivo del maíz en Antioquia», que no es tal memoria ni desabrida cosa como pudiera pensarse por su título, sino una pintura viva y bien colorida de la tierra vernácula; y «María» de Jorge Isaac, «cuyo encanto deriva en parte no pequeña de la excelente interpretación romántica del paisaje», a juicio de Arturo Torres Rioseco (14).

Las ruinas, esto es, la naturaleza en libertad, tampoco llamaron la atención a nuestros portaliras, seguramente porque eran arqueológicas, porque el tiempo no las había envuelto en su pátina misteriosa y sugere.

Los temas restantes, el nocturno y el sepulcral, tuvieron en cambio, eco prolongado. Guillermo Blest Gana escribe en Chile nada menos que veintidós poemas dedicados al extraño confidente de su espíritu. En

(14) Arturo Torres Rioseco.—«La gran literatura iberoamericana». Buenos Aires, 1945. Pág. 84.

el primero de ellos se dirige al astro pálido en estos términos:

¿Eres, dime, la patria de mi alma?

La tumba fué objeto de una ronda interminable. Se alude a ella a propósito de la muerte de la novia, hermana, madre, esposa o amigo, la más de las veces, o por simple anticipación en la mente del escritor de su terrible presencia. Podría afirmarse que ningún poeta americano de esta época pasó por alto el tema que ya en tiempos del prerromanticismo tratara con poderosa inspiración el inglés Young. Es más. Para nuestro gusto, el poema «Ante un cadáver» de Manuel Acuña, expresión de un hondo materialismo ideológico, es una pieza literaria digna de figurar en las mejores antologías.

Los temas incluidos por Díaz Plaja dentro del grupo Valoración del pasado, tienen escasa relación con el romanticismo hispanoamericano. No nos concierne como pasado histórico ni cultural inmediatos la Edad Media, la Pastoral o Grecia. Tales sentimientos se encauzaron hacia la Colonia o la época cercana de la Independencia. Es cierto que «pueblos niños», como éramos, según la gráfica expresión que al referirse a este punto emplea Menéndez y Pelayo, este pasado por ser tan inmediato y tan pequeño, cortó el vuelo «a las invenciones de la fantasía que tienen más bien por natural dominio las edades misteriosas y crepuscu-

lares cuyo sentido se alcanza más por intuición poética que por prueba documental» (15). Es cierto. Los pueblos, como los hombres, tienen sus limitaciones. Empero, la ilustración del ilustre polígrafo español no afecta la raíz del problema, su aspecto esencial: la evasión hacia el pasado, la típica valoración de éste, radical característica de la nueva escuela. Que nuestros poetas o novelistas no hayan escrito un «Ivanhoe» o un «Nuestra Señora de París», acháquese esto a la debilidad del numen creador, al desarrollo imperfecto de la cultura, a cualquier causa, pero no se diga que no valoraron el pasado que tenían tras ellos, porque lo hicieron en la medida de sus fuerzas, de la capacidad creadora que poseían. Echeverría en Argentina, con su ya citada leyenda «La Cautiva»; Salvador Sanfuentes en Chile, con sus leyendas «El Campanario» e «Inamio»; Rodríguez Galván en Méjico, con su famoso poema «La Profecía del Guatimoc», han dejado claro testimonio de la secuencia de nuestro romanticismo con la actitud indicada.

En cuanto a los tres ideales románticos, el ideal femenino, el ideal político, el ideal del progreso, conviniéron igualmente a las letras de este continente. Las especiales circunstancias sociales de la época en que vivieron eran propicias para estas exaltaciones. Hijos de pueblos jóvenes, en vías de formación, exageraron las más de las veces, el grito de libertad y democracia.

(15) *Marcelino Menéndez y Pelayo*.—Antología de poetas hispanoamericanos. Madrid, 1893. Tomo I. Págs. CVII a CXI.

Sobresalen en este sentido José Mármol con su poema «Rosas», vibrante admonición al tirano del pueblo argentino, y el colombiano Julio Arboleda, que escribió versos que «huelen a pólvora», según expresión de Menéndez Pelayo, encaminados al mismo objetivo. Desde la celda de una cárcel, dice este último:

¡Oh, si pudiera yo tender el brazo
saliendo de esta cárcel dura y fría,
sobre el tirano de la patria mía,
y pecho a pecho batallar con él!
¡Y ved!, no me acechéis en los caminos
con ocultos y viles asesinos:
¡La bala que de frente me señala
Mata tan bien como cualquiera bala!

Las digresiones que anteceden, han tendido a demostrar una tesis grata a nuestro espíritu; la existencia en las letras iberoamericanas de habla española de una era romántica semejante en sus líneas generales a la de los pueblos europeos de la primera mitad del siglo XIX, tesis discutida por historiadores y ensayistas, aceptada por otros, y que aquí exponemos, hablando rectamente, a través de un punto de vista relativamente personal. Faltaría, para redondear el asunto, fijar la extensión de esta tendencia en la línea del tiempo. Eduardo Solar Correa, ha indicado para la poesía iberoamericana dos fechas: los años 1840 y 1888 (16). Creemos que estos límites pueden encerrar toda

(16) Eduardo Solar Correa.—Poetas de hispanoamérica. Santiago de Chile, 1926.

la actividad literaria de nuestro romanticismo, retrasando, sí, el hito inicial una década por lo menos.

V

JUICIO DE LOS HISTORIADORES LITERARIOS

No daremos término a este trabajo sin resolver algunos puntos débiles e inseguros. Conozcamos, por ejemplo, el juicio de los historiadores literarios acerca de esta materia. La mayor parte, empezando por Menéndez Pelayo, reconoce la existencia en las letras del siglo XIX del Romanticismo, aun cuando éste lo hace con muchas reservas. Las visiones panorámicas, antologías e historias literarias que hemos podido leer, están también por su aceptación. Ricardo Rojas, en Argentina; Alberto Zum Felde, en Uruguay; Eduardo Solar Correa, en Chile; Isaac Barrera, en Ecuador; A. Gómez Restrepo, en Colombia; Mariano Picón Salas, en Venezuela; Luis G. Urbina, en Méjico, por citar a los autores más conocidos de esta clase de obras, han distinguido en sus respectivos países las huellas de un ciclo literario presidido por la sensibilidad e imaginación (17).

(17) Las principales historias literarias consultadas son las de: Ricardo Rojas.—Historia de la literatura argentina. Buenos Aires, 1925. Alberto Zum Felde.—Proceso intelectual del Uruguay. Montevideo, 1940. Mariano Picón Salas.—Proceso y formación de la literatura venezolana. Caracas, 1941. Isaac Barrera.—Literatura ecuatoriana. Apuntaciones históricas. Quito, 1924. Luis G. Urbina.—La vida literaria en Méjico.

Dos pueblos, a juicio de dos escritores ilustres, Luis Alberto Sánchez y Mariano Latorre, deben quedar excluidos en esta generalización: el Perú y Chile. el primero echa de menos en Salaverry, Clemente Althaus y otros, verdadero brío sentimental, «desgarramiento»,— es la palabra que usa— del alma. «Fingían— dice en defensa de su afirmación— dolores que se escudaban en un buen puesto burocrático» (18). Queremos creerle al distinguido crítico. El segundo sostiene «que las ideas renovadoras del Romanticismo no pudieron germinar en un ambiente enfriado por los estudios gramaticales y las investigaciones históricas» (19). Desearíamos también suscribir este juicio del notable profesor y novelista. Las razones que hemos dado valgan como única refutación a sus ideas. Con o sin desgarramiento, tuvimos una era romántica que mostró nuevos horizontes al sentimiento creador, no obstante el parco valor de la obra cumplida. En nuestro país, la nueva tendencia, encontró expresión propia en la generación del año 1842.

(18) Luis Alberto Sánchez.—La literatura del Perú. Buenos Aires, 1940. Pág. 102.

(19) Mariano Latorre.—La literatura de Chile. Buenos Aires, 1941. Pág. 161.